

# LIBROS

44

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2020

**Manuel Arias Maldonado**  
| NOSTALGIA DEL SOBERANO

**Jia Tolentino**  
| FALSO ESPEJO. REFLEXIONES SOBRE  
EL AUTOENGAÑO

**Yuri Herrera**  
| DIEZ PLANETAS

**Lucy Cook**  
| LA INESPERADA VERDAD SOBRE LOS  
ANIMALES

**Andrés Horacio Reggiani**  
| LA EUGENESIA EN AMÉRICA LATINA

**Carlos Fuentes**  
| A VIVA VOZ. CONFERENCIAS  
CULTURALES



ENSAYO

## Lo importante es saber quién manda



**Manuel Arias  
Maldonado**  
NOSTALGIA DEL  
SOBERANO  
Madrid, Los Libros de la  
Catarata, 2020, 190 pp.

### DANIEL GASCÓN

Manuel Arias Maldonado (Málaga, 1974) es uno de los intelectuales más destacados de su generación en nuestra lengua. Combina la investigación académica en la teoría política con la vocación divulgativa; el análisis de la actualidad con una preocupación por la calidad de la conversación y una reivindicación de la curiosidad; la vocación polémica con el esfuerzo por dar contexto y sustento teórico y cultural a nuestros debates.

*Nostalgia del soberano*, su ensayo más reciente, es un libro más próximo a *La democracia sentimental* (Página Indómita, 2016) que a *Antropoceno*

(Taurus, 2018) o al breve tratado de política sexual (*Fe*) *Male gaze* (Anagrama, 2019). *La democracia sentimental* funcionaba como un panorama del malestar. Diagnosticaba la deriva emocionalista de nuestra política, con una mirada amplia y excursiones a muchas disciplinas y autores. En cierta manera, *Nostalgia del soberano* opera al revés. Escoge un aspecto más concreto y tiene una parte más diacrónica que el libro anterior. Pero el asunto que Arias elige permite iluminar muchos problemas del presente.

Una de las razones del desasosiego contemporáneo es la incertidumbre, que quizá es resultado de grandes cambios y de que hemos borrado de nuestro horizonte imaginativo peligros que nos han acompañado hasta hace poco, que sin embargo afectan a millones de personas ahora mismo o que pueden aparecer de repente, como muestra la pandemia del coronavirus. Proviene de inquietudes económicas –la transformación del mundo del trabajo, la precariedad–, políticas –la percepción de una incapacidad para hacer cambiar las cosas, incluso de ser escuchado: el referéndum de Tsipras en Grecia y el resultado posterior sería un ejemplo claro–, morales –los cambios en la cultura y las costumbres–, incluso demográficas. En los llamamientos, desde visiones muy distintas, a recuperar el control hay un “anhelo de una potencia política capaz de poner orden allí donde reina el desorden”. Ese anhelo es la nostalgia del soberano.

Hay en ella una tendencia religiosa sublimada. Aparece en el nacionalismo y el populismo y la combinación de los dos. Propugnan “un reforzamiento de la voluntad soberana del pueblo que va de la mano del debilitamiento de los contrapesos liberales del sistema

democrático”. Esta “fantasía soberana”, explica Arias, “opera al margen de sus condiciones de aplicación”.

El autor traza una genealogía del concepto de soberanía y sus cambios a lo largo del tiempo: entre los autores decisivos están Hobbes, Rousseau (“El pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre todos los suyos, y es este mismo poder el que, *dirigido por la voluntad general*, lleva como he dicho el nombre de soberanía”), Kant, Hegel; y también Locke, Bodin o Constant. Trata de las justificaciones, de interpretaciones que acaban abriendo paso al autoritarismo o totalitarismo, de las formulaciones que permiten acotar ese peligro. El capítulo dedicado a la teología de la soberanía es quizá menos histórico y más interpretativo: rastrea el elemento religioso que hay en el concepto y estudia la capacidad de las ficciones para crear realidades —un mecanismo apreciado por los teóricos del populismo, pero también practicado a menudo por líderes de muchas tendencias, y no digamos enamorados—; es sugerente la idea de contar la historia de la política como una serie de ficciones, cuya naturaleza resulta menos evidente cuanto más cercanas a nosotros son.

Los capítulos siguientes abordan patologías de la actualidad: una es la desconfianza en el futuro, que “ha dejado de ser el depósito de confianza para convertirse en lo contrario: el lugar donde todo irá mal”. Se puede interpretar el populismo como “la habitación de pánico para los privados de futuro”, que parte de la constatación de una impotencia para cambiar las cosas, y promete una capacidad tan ilusoria como contraproducente. Un ejemplo es la exigencia, común en los años de la crisis, de que la política estuviera por encima de la economía: se anhelaba

que las decisiones colectivas “pudieran dar forma a la realidad”.

A través de esa nostalgia, Arias aborda cuestiones que son clásicas en la reflexión política y centrales en nuestras discusiones contemporáneas: el poder y su limitación, la representación y la legitimidad, la preeminencia del deseo general sobre el particular o viceversa, el pluralismo o lo que esperamos de la acción de un gobierno. Como en otras obras del autor, hay una exposición ordenada, numerosas referencias (de Wendy Brown a J. G. Ballard, de Claude Lefort a Carl Schmitt), un humor melancólico (“la posibilidad de imputar los problemas sociales a una decisión siempre es un consuelo”) y talento para resumir o invalidar un argumento con un chiste: “¡El fin de la historia es un suburbio de Düsseldorf!” No siempre traza el nexo con lo contemporáneo, pero es fácil ver conexiones. La paradoja de la configuración de la comunidad democrática, que no se establece democráticamente, hace pensar en un argumento tan descorcheteado como inapelable contra el independentismo catalán: llegaron tarde.

En Arias suele haber una mirada entre irónica y escéptica. Señala los límites de lo que la política puede dar; valora lo que puede conseguir, y la importancia que tienen para ello las constricciones que se impone a sí misma la democracia liberal. No se trata de transformarla, “sino de cuidarla: evitar que sus contrafuertes cedan ante el empuje del decisionismo populista”. Aúna dos elementos positivos decisivos: “la protección de la diversidad social y la salvaguarda de la libertad individual”. Si en *La democracia sentimental* defendía la figura rortyana del ironista liberal (ironista como consciente de su propia contingencia, liberal como quien considera, siguiendo a Shklar, que

la crueldad es el peor de los vicios), aquí señala que “el tipo humano ideal para el ejercicio de la ciudadanía en la sociedad liberal democrática” es el escéptico, aquel que, según Odo Marquard, “cultiva la sensibilidad para la división de poderes”. La disputa política no puede tener a la soberanía por objeto; en todo caso, debate cómo la organizamos. En este ensayo sugerente y rico, Arias reivindica el reconocimiento de “la pluralidad de todos en el interior de una democracia que no tiene más remedio que ser soberana y, sin embargo, solo acepta ser soberana de una manera”. —

**DANIEL GASCÓN** (Zaragoza, 1981)

es editor de *Letras Libres* y columnista de *El País*. En 2018 publicó *El golpe posmoderno* (Debate).



## ENSAYO

### Dime quién es la más bella



**Jia Tolentino**  
**FALSO ESPEJO.**  
**REFLEXIONES SOBRE EL**  
**AUTOENGAÑO**  
Traducción de Juan Trejo  
Barcelona, Temas de  
Hoy, 2020, 362 pp.

## ALOMA RODRÍGUEZ

Jia Tolentino (Toronto, 1988) es miembro de la redacción del *New Yorker*, especialista en casi todo lo que esté relacionado con la generación *millennial*. Antes fue editora en la web *Jezebel* y en *The Hairpin*. Un poco antes, hizo un máster de ficción en la Universidad de Michigan, tras estudiar en la de Virginia. Entre medias, pasó un tiempo en Kirguistán como miembro del Cuerpo de Paz. Pasó casi toda su infancia en Texas, dentro de una enorme comunidad evangélica —“la iglesia en la que crecí era

tan grande que la llamábamos ‘el Repentágon’”, a la que sus padres, filipinos, se mudaron desde Toronto. Esa es más o menos la nota biográfica de Tolentino que viene dispersa a lo largo de las nueve piezas que componen *Falso espejo*, su debut. Los ensayos son originales, aunque algunos estaban apuntados en artículos ya escritos, y los temas de lo que habla son los asuntos a los que suele dedicarse —feminismo, identidad, redes sociales—. Tolentino dedica varios ensayos a internet: cómo las redes sociales afectan a la construcción de nuestra identidad, Mark Zuckerberg, Facebook, el activismo en redes, el feminismo mainstream, etc. Le debe casi todo lo que tiene a internet y no se le escapa la paradoja de ser ella quien explore la autoexplotación en redes, el exhibicionismo y la construcción de una vida casi imaginaria a través de las redes sociales. Por eso lo de falso espejo. El título recuerda también a la segunda parte de *Alicia en el país de las maravillas*, *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. En los ensayos de Tolentino hay una vuelta atrás y autoevaluación de los comportamientos de la juventud para comprender el mundo y de paso también a uno mismo. Habría sido fácil caer en la burla de su yo pasado, en la ridiculización de algunas de sus acciones, como la participación en un *reality show* cuando era adolescente que cuenta en “Reality TV y yo”, pero no lo hace. No es que se tome en serio a sí misma, es que no aprovecha lo que sabe ahora para burlarse de ella y sus compañeros, sino que mira su pasado desde el presente tratando de descubrir claves que ayuden a explicar el mundo de hoy.

En el ensayo que abre el libro, “El yo en internet”, critica el postureo ético de las redes en el que ella misma ha caído —y lo seguirá

haciendo, seguramente—. Pero eso es solo el gancho: lo que hay detrás es una reflexión sobre cómo se construye la identidad en internet, con la guía del sociólogo Erving Goffman, “que elaboró una teoría sobre la identidad que giraba en torno al fingimiento”. La estructura del texto tiene que ver con los cinco problemas que identifica Tolentino al principio: “primero, cómo internet está pensado para expandir nuestro sentido de la identidad; segundo, cómo nos anima a sobrevalorar nuestras opiniones; tercero, cómo amplía nuestro sentido de oposición; cuarto, cómo malbarata nuestra comprensión de la solidaridad; y, finalmente, cómo destruye nuestro sentido de la proporción”.

En “Nunca dejes de optimizar” habla de cómo una de las características de la mujer ideal del siglo XXI es que siempre está produciendo: come ensaladas delante del ordenador y se preocupa por tener un cuerpo canónico. Dedicaba espacio a explicar la fiebre de las clases de barra —son más caras que el pilates o el yoga, pero, dicen, más eficaces, son una inversión— y la moda de la ropa deportiva. Todo es parte de lo mismo: “La mujer ideal parece hermosa, feliz, despreocupada y perfectamente competente. ¿Lo es en realidad? [...] en los últimos años, la cultura pop ha empezado a evidenciar las fracturas del yo que crean las redes sociales.” En “El culto a la mujer difícil” se ocupa del feminismo mainstream, a cuya expansión ella colaboró, y dice que ha surgido una especie de malentendido: “la idea de que criticar con dureza a una mujer siempre es, en esencia, algo sexista y, a un nivel más sutil, que recibir críticas sexistas es, en sí mismo, un indicador del valor de esa mujer”. En “Venimos de la vieja Virginia” hay una reflexión sobre

cómo ha cambiado el tratamiento de los casos de agresiones sexuales en la prensa a partir del que relataba un reportaje de *Rolling Stone*, que se publicó sin pasar las comprobaciones habituales y sin consultar a todos los implicados. La peculiaridad es que todo sucedía en la UVA, la universidad en la que Tolentino estudió. A partir de ahí, la periodista trata de ver por qué creyó la historia, por qué se le pasaron por alto las incongruencias. Cuenta también el caso de otra estudiante de la misma universidad: a su denuncia le sucede inmediatamente la expulsión del agresor, que tras una investigación fue readmitido a pesar de que en su declaración dijo que no paró cuando ella se lo pidió. Uno de mis ensayos favoritos del libro es “Heroínas puras”, un repaso a las novelas con protagonista femenina que la han formado desde niña: “Si fueses una chica y tuvieses que imaginar tu vida a través de la literatura, pasarías de la inocencia de la infancia a la tristeza de la adolescencia y de ahí a la amargura de la edad adulta; llegados a ese punto, si no te hubieses quitado ya la vida, simplemente desaparecerías.”

En “Éxtasis” escribe sobre la religión y el MDMA. No es un punto de vista original y resulta más interesante la parte de la vida de la comunidad evangélica que la parte de las drogas, pero está resuelto con gracia y erudición. En “Sí temo” escribe de las bodas y el negocio de los planes de boda. “La historia de una generación en siete estafas” explica su país a partir de siete estafas, del Fyre Festival a Donald Trump.

Sobre la época en la que escribió el libro, entre la primavera de 2017 y el otoño de 2018, dice: “Durante este periodo descubrí que a duras penas podía confiar en nada de lo que pensaba. Se intensificó sobremanera la duda que

siempre me ronda la mente: cualquier conclusión a la que pudiese llegar sobre mí misma, mi vida y mi entorno tenía tantas probabilidades de ser acertada como de ser diametralmente errónea.” En *Metáfora y memoria*, los ensayos reunidos de Cynthia Ozick publicados por Mardulce, Ozick escribe que un ensayo “es el movimiento de una mente libre que juega”, “es reflexión y visión interior”. Tolentino ha escrito un libro que no es complaciente, y que no busca la aprobación del lector ni tampoco darle una palmada en el hombro. Funciona como una invitación –por imitación– a liberarse de los sesgos y la influencia de las redes sociales en el pensamiento. Está escrito con inteligencia y sentido del humor, y es interesante hasta cuando se equivoca. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



## CUENTOS

### El universo infinito de Yuri Herrera



**Yuri Herrera**  
**DIEZ PLANETAS**  
Cáceres, Periférica,  
2019, 136 pp.

#### REBECA GARCÍA NIETO

Aunque todavía hay quien considere la ciencia ficción como literatura de segunda, cada vez son más los escritores de renombre que se sirven de elementos propios de este género para abordar de forma novedosa los viejos temas de siempre. Las

últimas novelas de Kazuo Ishiguro, por ejemplo, han dado lugar a un interesante debate sobre las fronteras (cada vez más porosas) entre la fantasía o la ciencia ficción y la ficción literaria. Y es que, además de propiciar reflexiones sobre cuestiones existenciales, la ciencia ficción es un escenario privilegiado para experimentar con el lenguaje. Dado el peso que tienen las palabras en la obra de Yuri Herrera y que, según ha dicho, algunos cuentos de Kurt Vonnegut y Brian W. Aldiss han dado forma a su visión del mundo, era cuestión de tiempo que el mexicano hiciera una incursión en el género.

Ya desde el primer relato advertimos el importante papel que juega el lenguaje en esta colección. En él Herrera hace coincidir los últimos coletazos de nuestra especie en este planeta con la agonía de las palabras. Si en *Cien años de soledad* García Márquez nos mostraba un mundo en el que las cosas todavía no tenían nombre, en “La ciencia de la extinción”, las cosas han dejado de tenerlo. Mientras que algunos relatos dan cuenta de los últimos momentos de nuestra especie en la Tierra, otros hablan de cómo logra establecerse en otros planetas. Así, en “Los conspiradores”, dos pueblos, los Unos y los Otros, llegan casi a la vez a un nuevo planeta. Su nivel de desarrollo tecnológico es distinto, pero el que uno logre dominar al otro no dependerá tanto de la tecnología como de que consiga imponer su lengua. Muchísimo tiempo después, al comparar su lengua con la de los antepasados de quienes lograron imponerse, se descubre que lo que ahora se llama “técnica” en la antigüedad se llamaba “garrote”. Aunque parece estar escrito mirando al futuro, esta palabra, con toda la carga histórica que contiene, nos

remite a épocas pasadas. Como ocurre en la mayor parte de los cuentos del libro, el relato rehúye una interpretación unívoca. Esta indeterminación, el hecho de que opere en distintos niveles y se preste a diferentes lecturas, lejos de ser un defecto, es una de sus mayores virtudes.

Descifrar el lenguaje de los extraterrestres es uno de los clásicos de la ciencia ficción, y casi todos los autores del género, como Lem, Sagan o Chiang, lo han tocado de un modo u otro. Para interpretar los mensajes de los alienígenas se suele recurrir a categorías lingüísticas conocidas (como las de género y número), pero cabe la posibilidad de que, como apunta el lingüista Daniel Everett, los extraterrestres se comuniquen de modos que nos resultan impensables, por ejemplo, a través del sabor. En “Anexo 15, numeral 2. La exploración del agente Probií”, Herrera explora, en clave de humor, estos medios de comunicación más inimaginables. Así, lo que se encuentra el agente Probií cuando es enviado a otro planeta para comprobar si sus habitantes son humanos “desafía la noción misma de ‘lengua’”.

Además de los relatos protagonizados por el lenguaje, destacan los cuentos que reescriben o toman como punto de partida relatos de otros autores conocidos. Este es el caso de “La consolidación anímica” (que cuenta la historia de Bártelbi, un funcionario que, en vez de trabajar con cartas muertas, lo hace con almas muertas), “Catálogo de la diversidad humana” (que podría leerse como el reverso de “Informe para una academia”, de Kafka) o “Casa tomada” (que muestra una casa que parece el último grito en domótica y una familia que “no podía estar más feliz” con ella..., menos el perro, Roanoke, que

curiosamente es el único que tiene un nombre reconocible). Mención aparte merece “Zorg, autor de *El Quijote*”, que dialoga, con mucha gracia, con el conocido cuento de Borges. Zorg es un escritor que pertenece a una especie más evolucionada que la nuestra (al menos desde el punto de vista genital, ya que su genitalidad no está “limitada a dos opciones”) y, cuando no está “tocándose el tet con fruición”, inventa “historias sobre mundos improbables”. Al igual que Pierre Menard, Zorg no quería componer otro *Quijote* —lo cual es fácil— sino *el Quijote*; pero, a diferencia de él, que abominaba del “plebeyo placer del anacronismo”, Zorg no le hacía ascos a mezclar molinos con naves espaciales. El tono humorístico que tiene el relato se aleja de la fina ironía de Borges, pero funciona igualmente.

El sentido del humor del que hace gala Herrera hace también de contrapeso en cuentos como “Entera”, que contiene reflexiones algo más sombrías. “Entera” cuenta la historia de una bacteria que vive en el intestino delgado de un individuo y cobra conciencia al entrar en contacto de forma accidental con una dosis de LSD. Desde su modesto rincón del mundo, la enterobacteria acaba teniendo una visión panorámica del universo y llegará a conclusiones propias de Kierkegaard. Además del hecho de que algunos relatos dialoguen entre sí, o sean espejos unos de otros (como “Plano” y “Anverso”), es esta peculiar combinación del humor con reflexiones filosóficas de carácter más serio, en la línea de Swift o Lem, lo que le da un tono uniforme a esta magnífica colección.

Como se sugiere en uno de los relatos incluidos en el libro, una

lengua no es solo las palabras que la forman, sino también los mundos que se imaginan con ellas. *Diez planetas* es una muestra del vasto imaginario de Yuri Herrera, que una vez más ha demostrado tener una envidiable capacidad de “ajustar el verbo” y una imaginación que no se queda a la zaga. En alguna ocasión ha dicho que la imaginación es una de las actitudes más subversivas de que disponemos. También que la literatura no sirve para crear hombres buenos, pero sí para crear ciudadanos reflexivos. A ello contribuye este fantástico libro, otro más en su brillante carrera. —

**REBECA GARCÍA NIETO** es escritora. Su libro más reciente es *Las siete vidas del cangrejo* (Editorial Alegoría, 2016).



## ENSAYO

### Vivir como animales



**Lucy Cooke**  
**LA INESPERADA VERDAD  
SOBRE LOS ANIMALES**  
Traducción de Francisco  
José Ramos Mena  
Barcelona, Anagrama,  
2019, 448 pp.

**GABRIELA  
DAMIÁN MIRAVETE**

“Tenemos la costumbre de ver el reino animal a través del prisma de nuestra propia y más bien limitada existencia [...] La vida adopta una soberbia multitud de formas extrañas, y hasta las más simples requieren una interpretación compleja”, dice Lucy Cooke en *La inesperada verdad sobre los animales*, su hilarante y conmovedor compendio de hallazgos, malentendidos y anécdotas sobre los terrícolas no humanos.

Acostumbrados como estamos los habitantes del siglo XXI a pensar que lo sabemos todo es, en efecto, inesperado lo que se halla entre sus páginas en torno a nuestros vecinos planetarios. Aunque, por desgracia, no es ninguna sorpresa en cuanto a lo que los seres humanos revelamos de nosotros a partir de nuestra conducta hacia ellos.

El libro, a decir de su autora, es una suerte de “zoológico de incomprendidos”, una reunión de especies (anguilas, castores, perezosos, hienas, buitres, murciélagos, ranas, cigüeñas, hipopótamos, alces, pandas, pingüinos y chimpancés) cuya *reputación* ansiaba salvar o, al menos, aclarar las ideas erróneas que la gente se ha hecho de ellas. Debido a los prejuicios humanos (o quizá sea mejor decir a la falta de juicio), varios de estos animales gozan de poca simpatía y, por ende, carecen del apoyo para su estudio y conservación que sí favorece a otras especies en estos tiempos de extinción masiva. Otros, en cambio, tienen una serie de virtudes impuestas y engañosas que los ponen en riesgo tanto a ellos como a las personas. Es el caso de los pandas, cuyo aparente desinterés para la reproducción en cautiverio dista mucho de las extravagantes prácticas sexuales que realizan en su hábitat, un placer incompatible con su función de agentes diplomáticos de China para el mundo; o el de los pingüinos, utilizados por los grupos religiosos en Estados Unidos para captar fieles con el documental *El viaje del emperador* que, según el crítico de cine conservador Michael Medved, es “la película que más apasionadamente afirma las normas tradicionales como la monogamia (heterosexual), el sacrificio y la crianza de los hijos”, cuando en realidad también pueden ser homosexuales. Y es también el

caso de los hipopótamos, cuya natural fiereza ha sido diluida por su recurrente papel de bonachón en las caricaturas infantiles, lo que ha provocado perturbadores encuentros con la población colombiana después de que el narcotraficante Pablo Escobar los importara de África.

Cooke es una eminente zoóloga que ha sido presentadora de documentales de televisión, esos que aún solemos mantener como tapiz de fondo durante nuestras actividades cotidianas y que, con sus valientes anfitriones, digeribles Top 10 y potentes cámaras, nos dan la sensación de que la verdad ya nos ha sido dada, de que hoy más que nunca es fácil desentrañar los misterios del mundo animal. Desde luego, esa idea dista mucho de la realidad, y este libro también es un homenaje al conocimiento de la naturaleza construido por numerosas personas a lo largo de la historia. Lo interesante es que la autora hace este reconocimiento entretejiéndolo con una justa crítica a los métodos que la humanidad ha utilizado (y sigue utilizando) para alcanzarlo: el afán de dominio, la arrogancia y la antropomorfización como único camino hacia la empatía: “pintar el reino animal con nuestra brocha ética artificial equivale a negar la asombrosa diversidad de la vida en todo su esplendor”.

La historia de nuestra curiosidad es, también, la de nuestra crueldad. Basta leer acerca de los experimentos a los que el sacerdote italiano Lazzaro Spallanzani sometió a los murciélagos durante el siglo XVIII, unas criaturas de las que el célebre naturalista Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (el *bufón* predilecto de Cooke a lo largo de todo el texto, por cierto) dijo en su enciclopedia: “Un animal como el murciélago, que es mitad cuadrúpedo y mitad pájaro,

y que en resumidas cuentas no es ni lo uno ni lo otro, por fuerza tiene que ser monstruoso.” Esta presunción, ligada al mito de que los quirópteros chupaban litros de sangre cada noche y eran cosa del diablo, pareció ser suficiente para ejercer todo tipo de crueldades contra ellos: en pos de saber qué los hace capaces de orientarse con tanta eficacia en la oscuridad. Si *La inesperada verdad sobre los animales* se tratase únicamente de enumerar atrocidades sería un libro un tanto repelente, sin embargo, la autora es partidaria de los matices: no hay un solo animal que no evidencie el sufrimiento directo o indirecto que le han infligido los seres humanos, como tampoco lo hay que no nos obsequie un entendimiento más completo e iluminador. Cooke les devuelve la dignidad (y mantiene el interés de la comunidad lectora) gracias a su estrategia discursiva principal: el sentido del humor. De los mismos murciélagos, por ejemplo, se burla un poco: “Dado que mi primera cita con un quiróptero fue con el Dirk Diggler (*el actor porno*) de los murciélagos, pensé que quizá podría formarme una opinión ligeramente sesgada de estos animales.” Pero también nos revela que regurgitan sangre coagulada para alimentar no a sus parientes, sino a desconocidos que no hayan tenido la misma suerte al buscar el sustento. “En el seno de esta comunidad en la que unos cuidan de otros y vomitan y comparten sangre, los murciélagos comparten vínculos entre sí.” Además, afirma, son amantes generosos, exterminadores de plagas y polinizadores de flores y frutos, en suma, muy valiosos para mantener la vida en la Tierra. El papel que este animal ha tenido en la transmisión del coronavirus no debería renovarlo como agente del Mal, sino enfrentarnos

a la conflictiva relación que existe entre la devastación de áreas naturales, la alimentación y la riesgosa cercanía de personas que termina por desplazar a los animales.

Por otra parte, es un respiro que la curiosidad humana no haya cedido del todo a la brutalidad. Por cada naturalista con tendencias sádicas hay una voz contemporánea que respeta lo no humano sin abandonar la productiva intriga de lo científico. Así, es posible conocer que los hipopótamos secretan su propio protector solar, una sustancia roja y viscosa que Plinio el Viejo confundió con la sangre; que la “pereza” de los perezosos los hace uno de los organismos más exitosos en términos evolutivos (han durado aquí unos treinta millones de años); que el excremento de los buitres, con el que suelen cubrir sus patas, los mantiene libres de infecciones. Es notable que muchas de estas voces son de mujeres especialistas en sus respectivas disciplinas. Voces que de alguna manera otorgan una perspectiva más humilde ante expresiones peyorativas del tipo *vivir como animales*: ¿no sería conveniente en muchos aspectos que la humanidad fuese capaz de habitar el mundo de una forma más cercana a la suya? Aunque tampoco es conveniente caer en la tentación de idealizarlos, como nos advierte Cooke cuando relata su encuentro con los chimpancés: “De alguna manera me resultaban increíblemente familiares y desconocidos a un tiempo: eran como nosotros, y a la vez diferentes de nosotros. El efecto era fascinante y emotivo de un modo raro. Sentí un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos [...] Mi ensoñación se vio interrumpida por el sonido de un pedo.” —

---

**GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE**  
es narradora y ensayista.

## HISTORIA

### El atajo de la eugenesia



**Andrés Horacio Reggiani**  
**LA EUGENESIA EN AMÉRICA LATINA**  
Ciudad de México, El Colegio de México, 2019, 286 pp.

#### RAFAEL ROJAS

En la misma América Latina de principios del siglo xx en que proliferaban las ideologías del mestizaje que sustentaron políticas colonizadoras y migratorias en grandes y pequeños estados, como Brasil, México y Argentina, o Venezuela, Uruguay y Cuba, tuvo lugar una amplísima y favorable asimilación de las ideas eugenésicas. Aquel saber —algunos se resistieron a llamarle “ciencia”— había surgido en la obra del biólogo y etnólogo británico Francis Galton, primo y protegido de Charles Darwin, desde fines del siglo xix, pero comenzó a institucionalizarse en Europa, Estados Unidos y América Latina en las primeras décadas del xx.

Galton inscribió las tesis de su célebre estudio, *El genio hereditario* (1869), en la poderosa corriente del darwinismo social. Sin embargo, ya en la década de 1880 sus ideas sobre la pretendida “superioridad” o “inferioridad” de las razas derivaban en un campo de experimentación biológica que llamó, precisamente, “Eugenics”, en alusión a una serie de mecanismos para lograr el “mejoramiento” de la raza. Para los primeros años del siglo xx, con apoyo del Royal Anthropological Institute de Londres, Galton había creado una Eugenics Education Society y una

*Eugenics Review*, que se encargarían de crear redes de seguidores a nivel mundial.

El historiador argentino Andrés Horacio Reggiani ha escrito una historia compacta de las ideas, instituciones y políticas eugenésicas en América Latina. Comienza Reggiani reconstruyendo el viaje de la doctrina a estas tierras, dentro de una amalgama de teorías evolucionistas que abarcaba casi todas las ramas de la ciencia y el derecho: desde la psicología hasta la criminalística. Menciona el autor a algunos ensayistas latinoamericanos de principios del siglo xx, como Carlos Octavio Bunge, Alcides Arguedas y Francisco García-Calderón, que acogieron aquellos referentes. Se podrían mencionar muchos otros: los mexicanos Francisco Bulnes y Emilio Rabasa, los venezolanos José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, el chileno Joaquín Edwards Bello o el cubano Alberto Lamar Schweyer.

Pero más que las lecturas latinoamericanas de Galton y Le Bon, Gobineau y Lombroso, lo que interesa a Reggiani es la institucionalización de la perspectiva eugenésica en aquellas repúblicas oligárquicas. El historiador encuentra en muchas naciones una legislación tendiente al control migratorio, dirigida contra chinos, judíos, árabes y africanos, que ya percibe en la Ley de Residencia argentina de 1902 y en toda la estrategia de “defensa social” que prolifera entonces en la región. Y agrega un elemento poco ponderado hasta ahora en la historiografía: el gran impulso que confirió el panamericanismo a la eugenesia latinoamericana.

Comenta Reggiani que una Ley de Inmigración presentada en el Congreso argentino por el diputado de la Unión Cívica Radical

Carlos F. Melo, en 1919, llamaba a cerrar el paso a las “lacras” y “desechos sociales de la guerra”, provenientes de Europa. Justo en aquellos años comenzaron a celebrarse las Conferencias Panamericanas de Eugenesia y Homicultura, que tuvieron lugar en La Habana, Buenos Aires, Lima y otras ciudades de la región. A partir del respaldo que recibieron desde Estados Unidos, los eugenistas latinoamericanos decidieron avanzar en una estrategia continental que lleva a decir a Reggiani que “la eugenesia latinoamericana fue un caso único de intento de forjar un programa común de repoblamiento cualitativo a escala regional”.

Tres de los países mejor ubicados en esas redes fueron Argentina, México y Cuba, a pesar de que en cada uno, desde fines del xix, se produjeron políticas migratorias y raciales muy diversas. Lo que unificaba, a la altura del medio siglo, a los ingenieros sociales de esos países, era una mezcla o alternancia entre criollismo, mestizofilia y blanqueamiento, que redundaba en mecanismos de control migratorio e integracionismo racial, contrapuestos a la diversidad cultural. Las páginas dedicadas al caso brasileño, antes y durante el régimen de Getúlio Vargas, donde se comentan los textos e iniciativas de Francisco José de Oliveira Viana, Fernando de Azevedo, Andrade Bezerra y Cincinato Braga, son concluyentes respecto a la sintonía entre la xenofobia y el mestizaje. La propia Constitución varguista estableció que, para “garantizar su integración étnica”, los inmigrantes no podían exceder el 2% del total de residentes de sus respectivas naciones, establecidos en Brasil en el medio siglo anterior.

Esta historia mínima de la eugenesia explora otras áreas de la política pública en las que fue adoptada

aquella doctrina como la educación física, la higiene, la planificación familiar o el control de la reproducción. Reggiani menciona, entre otros mecanismos eugenésicos, los exámenes médicos prenupciales para evitar la transmisión de enfermedades venéreas, que se aplicaron en países como Brasil, Chile, Bolivia, México, Panamá y Cuba, o las leyes de esterilización, dentro de las que destaca la veracruzana de 1932 promovida por el gobernador Adalberto Tejeda. Sostiene el historiador argentino que Tejeda impulsó la Ley 121, en aquel año, como parte de una reforma profunda del Código Civil estatal que buscaba corregir hábitos y vicios, como el alcoholismo y la prostitución, que contribuían a la “degeneración de la especie humana”. En la “Sección de Eugenesia e Higiene Mental” de aquella ley se proponía la esterilización forzosa de “locos, idiotas, degenerados o todos aquellos dementes”, cuya condición fuese “incurable o hereditariamente trasmisible”.

Se detiene también Reggiani en los estudios biométricos realizados por José Gómez Robleda y su equipo, en la UNAM, durante los años cuarenta. En sus investigaciones biotipológicas sobre los pescadores y campesinos tarascos, Gómez Robleda llegó a la conclusión típicamente integracionista de que el atraso de las comunidades indígenas se debía al aislamiento y no a alguna “inferioridad” o “degeneración” étnica. Aquellas comunidades, según el científico mexicano, eran aptas para la “vida civilizada” y, para alcanzar su “progreso” o su “adelanto”, era preciso implementar políticas favorables a su integración social y económica, dentro de las que figuraba la apuesta eugenésica por el mestizaje. En Gómez Robleda encuentra Reggiani una de las más claras formulaciones,

en América Latina, de una política “indigenista” basada en la “desindianización” de la sociedad.

Tal vez hubiera sido interesante cerrar este libro con alguna reflexión sobre los usos transversales de la eugenesia que se observan en la América Latina de principios del siglo xx. Al igual que en Estados Unidos y Europa, donde la eugenesia interesó lo mismo a gobiernos democráticos que totalitarios, en nuestra región fue un atajo para acelerar el desarrollo social, adoptado por repúblicas oligárquicas, dictaduras caudillistas, populismos clásicos como el varguista o el peronista y Estados posrevolucionarios como el mexicano. Muchas subsistencias del proyecto eugenésico se verificaron en todo el espectro político latinoamericano de la Guerra Fría, desde las dictaduras militares de Brasil y Argentina hasta la Revolución cubana. —

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (Taurus, 2018).



## CONFERENCIAS

### La novela como forma de conocimiento



**Carlos Fuentes**  
A VIVA VOZ.  
CONFERENCIAS  
CULTURALES  
Ciudad de México,  
Alfaguara, 2019, 312 pp.

#### FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Tuve la fortuna de escuchar a Carlos Fuentes dictar algunas de sus conferencias en El Colegio Nacional.

Recorría a grandes zancadas el auditorio, de un salto subía al escenario, ajustaba el micrófono y de inmediato comenzaba a hablar. Sus conferencias eran chispeantes, entretenidas, transmitían energía. Fuentes era un magnífico actor de sus propias emociones. Sabía comunicar a sus fascinados espectadores su indiscutible pasión por la literatura.

*A viva voz. Conferencias culturales* reúne trece conferencias de Carlos Fuentes. Alfaguara no consideró importante informar al lector quién seleccionó y editó los textos que compila este libro. ¿Fue Steven Boldy, estudioso inglés de la obra de Fuentes y autor del prólogo? Si fue él, ¿por qué no merece ningún crédito? *A viva voz* es la cuarta compilación de conferencias de Fuentes y lo hace repitiendo los mismos errores que los libros que lo precedieron: sin el menor aparato crítico; sin índices ni indicación alguna de por qué se incluyeron los textos seleccionados y cuál fue el criterio bajo el cual se editaron esas intervenciones. Esta última omisión es la más importante. ¿Los textos publicados corresponden a textos escritos o también incluyen las improvisaciones de Fuentes? El libro abunda en ideas y frases repetidas, ¿no hubo quien cuidara el texto para evitar estas repeticiones? Las conferencias contienen múltiples referencias contextuales, ¿nadie consideró útil explicar las más importantes en notas al pie de página? Se trata de un fenómeno común en nuestros días: aparecen libros —sobre todo de editoriales grandes— sin editor, sin cuidado alguno, repletos de erratas.

Las conferencias, ha escrito Gabriel Zaid, “son de poca eficacia comunicativa. Es absurdo recorrer media ciudad congestionada para llegar a tiempo y leer de oídas (que



es difícil) un texto mal dicho o, peor aún, que no tiene nada que decir; y del cual no es posible saltarse las partes vacuas o el texto completo, que luego se publicará”. Las conferencias son “ante todo testimonios [...] cuya producción teatral es necesaria para las cámaras”. Fuentes actuaba magníficamente sus conferencias. Era, sin que esto signifique demérito alguno, un perfecto histrión. Imprimía dramatismo y humor en sus intervenciones, imitaba voces, recitaba versos, hacía las pausas y los énfasis necesarios. Como conferencista Fuentes cumplía perfectamente con su papel. ¿Qué tan necesario resulta publicar sus conferencias? Tal vez no mucho. Steven Boldy, en su prólogo, señala que “las conferencias se conciben principalmente para ser pronunciadas y escuchadas”.

Carlos Fuentes fue, también, un ensayista prolijo. Muchas ideas expuestas en sus conferencias están contenidas en sus ensayos. Así, las conferencias dedicadas a Balzac y a Faulkner que aparecen en *A viva voz* son una glosa del ensayo “La novela como tragedia: William Faulkner”, recogido en *Casa con dos puertas*. “Los hijos de la Mancha” es una versión muy menor del ensayo *Cervantes o la crítica de la lectura*. ¿Qué necesidad había, si cada uno de los autores tratados ya había sido abordado ensayísticamente con largueza, de ofrecer las conferencias en libro, que no representan sino piezas menores en su bibliografía?

Comentarios aparte merecen la conferencia dictada sobre Alfonso Reyes y Julio Cortázar y la que ofreció sobre Octavio Paz. La conferencia sobre Reyes y Cortázar apenas aborda la obra de los autores referidos, son solo un pretexto para hablar de la experiencia, la amistad y el amor. El recurso es muy poco serio. Abre la conferencia con

Reyes, contando unas cuantas anécdotas de su trato con él, recuerda que Reyes escribió *La experiencia literaria* y de ahí se pasa a hablar largamente de la experiencia humana, sin que se vuelva a mencionar al autor regiomontano. En la segunda parte de la conferencia hace lo mismo con Cortázar, anécdotas personales dan pie a decir que Julio era muy buen amigo y de ahí se fuga en una larga disertación sobre el amor y la amistad. Es decir: utiliza a Reyes y a Cortázar para hablar de temas que ya tenía preparados de antemano. Un recurso tramposo.

Otro caso, muy diferente, es el de la conferencia sobre Octavio Paz. La dictó el 5 de mayo de 1998 en Londres –no se indica en dónde, a diferencia del resto de las conferencias de este libro–, unas semanas después de haber fallecido el poeta. Al comenzar aclara: “no creo que un escritor mexicano haya escrito más que yo sobre Paz”. Sin que Fuentes lo diga en su conferencia, todo cambió con el ensayo crítico de Enrique Krauze sobre Fuentes publicado en *Vuelta*, que el novelista consideró una traición. Paz habría roto una regla no escrita: no se publican ataques contra los amigos. En vida, Fuentes no dijo públicamente nada sobre Paz, ya muerto reunió valor. La poesía de Paz “no es tan alta como su prosa”. “No fue Gorostiza, Villaurrutia o López Velarde.” La poesía de Paz tiene fuertes deudas con la de Guillén y Prados, dice Fuentes, y pide a Carlos Blanco Aguinaga que haga “un buen estudio comparativo”. Recordando el paso de Paz por el Banco de México en su juventud, donde quemaba billetes, dice Fuentes: “Octavio, físicamente, incendió al dinero, ¿lo incendió, otro día, el dinero a él?” Con un sentido del honor muy dudoso, Fuentes pisotea al amigo muerto.

“Queríamos –dice Fuentes en su conferencia– dar una prueba de coexistencia respetuosa. Casi lo logramos.” Como Paz “lo traicionó”, se perdió el respeto. Esas palabras, con sabor a ceniza, fueron las últimas de Fuentes sobre Paz, al que sobrevivió catorce años. Es una lástima que en el prólogo Boldy rehuyera abordar con detalle el tema.

Algo muy importante de una conferencia se pierde, como toda traducción, al ser trasladada al papel. Una conferencia es una actuación. Importa lo que dice quien habla pero también su entonación, sus énfasis, sus ademanes, sus silencios. En vivo las conferencias de Fuentes eran muy exitosas. En libro, sin el soporte de la gesticulación, saltan a la vista las frases arbitrarias. Frases altisonantes: “que la cosa que yo poseo sea tan mía que tenga, también, lo que yo poseo para perder y ganar: mi vida y mi muerte”. Frases fáciles: “Balzac vence a la muerte con la literatura.” Frases tontas: “No se a dónde habría llegado Mme. Bovary con una tarjeta de American Express.” Chabacanerías: “el amor es nuestro acercamiento posible a la divinidad, es nuestra mirada de adiós y nuestra mirada de Dios”. Frases huecas: “la literatura solo tiene un tiempo, el tiempo verdadero del corazón humano”. Cantinflismo puro: “El arte concebido como compañero de la novedad ha dejado de ser novedoso porque la novedad era, a su vez, compañera del progreso y el progreso ha dejado de progresar.” Todo esto en medio de frases brillantes, incisivos párrafos de crítica literaria, agudas observaciones sobre el papel de la novela y el novelista en nuestro tiempo.

Siempre me ha parecido admirable el amor de Carlos Fuentes, muchas veces bien correspondido, a la literatura. En verdad él creía que

la novela y los novelistas tenían algo importante que decir en medio de la convulsión informativa de nuestros días. Pensaba que la democracia estaba en riesgo si no ofrecía resultados tangibles, algo en lo que tenía razón. La democracia es algo más que las indispensables elecciones. No lo supimos ver a tiempo y hoy como sociedad pagamos las consecuencias. Fuentes consideraba que a la fría lógica que dominaban las decisiones políticas y económicas había que oponerle la voz de la novela contemporánea, una voz mestiza, plural, nómada, puente entre la aldea local y la aldea global. La novela, a diferencia de la historia, no ofrece un sentido para interpretar la realidad, es plurívoca, polivalente, “única capaz de oponerle así sea un mínimo de resistencia a la asimilación al mundo económico, al asalto del mundo político”.

De acuerdo a Carlos Fuentes, “vivimos en la desesperanza y el azoro” al darnos cuenta de que “estamos siendo esclavizados en nombre de la libertad, asesinados en nombre de la vida y oprimidos con los instrumentos destinados a la felicidad”. Ante este panorama desolador, “nunca ha sido menos escuchada la voz de la literatura”. Y ahora es más importante oírla. “El arte y la literatura son el espacio espiritual de un país”, declara Fuentes. La literatura podría aportar, al complejo mundo actual, un modo diferente de aproximarse a la realidad, otra forma de conocimiento (distinta del conocimiento lógico). En literatura “el nombre del conocimiento es imaginación”. Más específicamente, ¿qué puede aportar la novela a la discusión pública? “¿Qué podría decir una novela que no podría decirse de ninguna otra manera?” Según Fuentes, puede decirnos “en

qué consiste el ser concreto del ser humano en la historia”. No ofrece una utopía, ni una visión redentora, ofrece mestizaje, en lugar de la visión homogénea, ofrece la certeza de “que el mundo es más diverso y extraño que nuestro conocimiento del mundo”. Me temo que, aunque necesaria, ni la voz de la novela ni la voz de los novelistas se escucha de forma destacada en el concierto mundial. El saber de la novela es ambiguo, enigmático, problemático, no se presta a las banderas.

Fuentes conoció, y puso en práctica, esa esencial ambigüedad narrativa en sus mejores obras. En sus ensayos y, más aún, en sus conferencias, postuló que la literatura era una forma de conocimiento necesaria para el mundo. Y tal vez tenga razón. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**  
es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

LETRAS  
LIBRES

La conversación ahora  
continúa en los móviles.

DISPONIBLE EN  
Google play

DISPONIBLE EN  
App Store

The advertisement features a smartphone lying on a dark surface. The screen of the phone displays the cover of the book 'Memorias de las locuciones de Japón' by Juan Carlos Rodríguez Cordero. The cover art shows a traditional Japanese building. To the right of the phone is a white, rounded rectangular object, possibly a piece of soap or a small container. The background is dark and slightly out of focus, with a red object visible in the upper right corner.